

Arturo Cova y el paisaje

Pocos personajes en la novela americana exprésanse con un perfil tan decidido de acción, con una compleja estructura interior, como Arturo Cova, el hombre de "La Vorágine". Siempre se ha insistido sobre la presencia de la selva en ella, de los ríos apretados de peligros, en fin, de la contaminación total que la novela tiene con el paisaje donde se despliega la trama imaginativa y donde operan los personajes. Por antonomasia, "La Vorágine" es la novela de la selva que, por haber sido lograda con indiscutible acierto pictórico y con estilo propio de sabor americano, marca un jalón en la novelística del continente. La mayoría de los comentaristas y de los críticos están acordes en ello, y pareja impresión dejan sus páginas en el lector corriente. Más aún: tenemos a veces la certeza de que Rivera hizo de la selva, del paisaje, un personaje primordial, o un factor decisivo en la conjunción de los sucesos. Pero si nos detenemos un poco y reconsideramos sin ánimo exclusivo para la contemplación del paisaje, sino también para los hombres que en ese paisaje viven y lo recorren, la perspectiva de la novela, ésta se amplía, y ya no sólo nos encontramos con una "cárcel verde" (la selva), un mundo agitado por constantes fuerzas elementales que se lo disputan, sino también con aquellos seres humanos que lo pueblan, y que como hombres, poseen del mismo modo su pequeño y rico mundo interior. Dejemos, pues, en el fondo, el paisaje, decorando el escenario, y vayamos a toparnos con los personajes, pero más que todo, con ese extraño Arturo Cova. El es quien habla, él es quien narra los sucesos con ardor, él es quien tiene ojos para verlo todo. Su aventura demencial por la selva americana, lo convirtió en una figura de relieve particular, en un personaje de buena estirpe novelesca. Sus gestos, a veces, se resuelven en una innecesaria teatralidad, en un romanticismo inoperante, pero también se expresa con gestos de vida propia, con arriscados ímpetus. Cova y el paisaje rebosan las páginas de la novela con su presencia, y las restantes figuras cuando se asoman, lo hacen en presencia de Cova, para tramar juntos un nuevo plan, o para narrarle a él, a Cova, el relato de su pretérito turbio, lleno de extravagancias. Cuando Alicia aparece, al

iniciarse la novela, suponemos que al correr de las páginas, iremos a familiarizarnos con ella; pero nerviosa, cansada, Alicia se disuelve en los posteriores sucesos y se arrincona tímida, llorosa, a lamentar su quebrado destino. Y en el viejo Clemente Silva, cenceño, obcecado, el paisaje dejó una huella profunda, un aniquilamiento. Estévez, soterrado de ánimo, se afana en explicar lo inútil de su existencia. Estos hombres ignoran, en sus actos, la medida y se expresan siempre en los extremos. Hay un momento en que Arturo Cova lanza un grito resuelto: "... ¡matar a un hombre! He aquí mi programa, mi obligación". Y sabemos que luego lo cumple.

Pero preguntémosnos ahora: ¿será siempre imprescindible en la novela americana la fusión del hombre en el paisaje? ¿Es vida propia la de los personajes o vida inmersa en un paisaje? Aislado de su ambiente, del paisaje selvático ¿qué nos restaría de su personalidad? Cova, sin embargo, y esto es lo fascinante de su figura, continuaría siendo el mismo Cova. Creo que la mayoría de los personajes de las novelas hispanoamericanas, no soportarían sin desintegrarse esta prueba de la enajenación de su propio paisaje, sin que esta afirmación subestime los otros méritos y logros que de por sí ellos tienen. Estos personajes comportan determinados rasgos propios, vida plena, pero siempre en función y en relación constante con el mundo circundante, con el pedazo de paisaje a que ellos aluden en sus acciones y reacciones. En cambio, para Arturo Cova, lo único que posibilitó el escenario selvático fué el uso de un nuevo repertorio de actos, el dar nuevas respuestas a situaciones antes desconocidas. Y a esos actos, el paisaje les facilitó la violencia con la que ocurren. Pero enajenado de su paisaje, Cova, ya sea en las ciudades o en las costas, continuaría suministrando sus gestos vehementes y ese aire atrabiliario de inconformidad. De aquí su genuina pasta de personaje y su independencia del paisaje, su misma independencia del autor que lo creó. A otros personajes de novela, al cambiárseles el ambiente natural, se los convertiría en unos desarraigados; sus estructuras psíquicas descansan en la relación con una porción geográfica determinada. Los vemos sumisos al gesto voluntarioso del paisaje y cumplen sus días actuando en él, ya sea desbastándolo a hachazos como Marcos Vargas, ya recorriéndolo a lomo de rocín como Don Segundo Sombra o glosándolo en coplas como Cantaclaro. Si a Cova, en cambio, lo liberamos de su cárcel verde y le evitamos los siringales, no arriesgaríamos la sazón de su personalidad; no hay en él una fatalidad biológica que lo confine al escenario exclusivo de la selva.

HORACIO CÁRDENAS.